

Departamento de especulaciones

A*

Jenny Offill

Departamento de especulaciones

Traducción de Eduardo Jordá

Primera edición, 2016
Título original: *Dept. of Speculation*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Dept. of Speculation © 2014 by Jenny Offill

© de la traducción, Eduardo Jordá, 2016
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-64-1
Depósito legal: B. 28.254-2015
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11,5.

A Dave

Las especulaciones sobre el universo (...)
son cosa de locos.

SÓCRATES

Decías que los antílopes tienen una visión diez veces más potente que la nuestra. Fue al comienzo, o casi. Eso significa que en una noche clara pueden ver los anillos de Saturno.

Faltaban meses para que empezásemos a contarnos todas nuestras historias. Incluso entonces, algunas nos parecían demasiado insignificantes para tenerlas en cuenta. Pero si de verdad lo eran, ¿por qué se empeñan en volver ahora a mí? Justo ahora, cuando ya estoy tan cansada de todo aquello.

Los recuerdos son microscópicos. Partículas diminutas que se agolpan y se dispersan. Gente minúscula, los llamó Edison. Criaturas. Tenía una teoría sobre su origen: llegaban del espacio exterior.

La primera vez que viajé sola fui a un restaurante y pedí un filete. Pero cuando lo trajeron, me di cuenta

de que solo era un trozo de carne cruda cortada en pedacitos. Intenté comérmelo, pero tenía demasiada sangre. Mi garganta se negaba a tragar. Al final lo escupí en la servilleta. Pero quedaba un montón de carne en el plato. Me daba miedo que el camarero se diese cuenta de que no me lo comía y se riera de mí o se enfadase conmigo. Permanecí inmóvil un buen rato, mirando el plato. Hasta que cogí un panecillo, hice un hueco en la miga y metí la carne dentro. Llevaba un bolso muy pequeño, pero pensé que podría meter el pan sin que nadie me viera. Pagué la cuenta y salí del restaurante imaginando que alguien me detendría, pero nadie lo hizo.

Pasaba las tardes en un parque de la ciudad fingiendo que leía a Horacio. Al atardecer la gente salía del Métro y llenaba las calles. En París se supone que hasta los túneles del metro tienen que ser bonitos. *Quienes cruzan el mar cambian de cielo, pero no de alma.*

Había un chico canadiense que solo comía copos de avena. Un chico francés que quiso examinar mis dientes. Un chico inglés que descendía de una estirpe de druidas. Un chico holandés que vendía audífonos.

Conocí a un australiano al que le gustaba viajar solo, decía. Me habló de su trabajo mientras bebíamos frente al mar. Cuando un alumno lo pilla, cuando se le ilumina el rostro por primera vez, es un puto gus-

tazo, me dijo. Asentí conmovida, aunque yo nunca le había enseñado nada a nadie. Qué enseñas, le pregunté. Patinaje, contestó.

Fue ese verano en que no paró de llover. Recuerdo el triste olor a perro mojado de mi jersey y el ruido frenético que hacían mis zapatos al chapotear. En todas las ciudades se veía la misma escena. Un chico salía a la calle y abría un paraguas para una chica que esperaba a cubierto en el umbral.

Otra noche. Mi antiguo apartamento en Brooklyn. Era muy tarde, pero como de costumbre no podía dormirme. Por encima de mí, unos colgados de las anfetaminas se dedicaban alegremente a desintegrar algo. Hojas estrellándose contra la ventana. Sentí un escalofrío inesperado y me tapé la cabeza con la manta. Así es como sacan a los caballos de un incendio, recordé. Si no pueden ver nada no se asustan. Intenté averiguar si una manta en la cabeza me tranquilizaba. La respuesta: no.

2

Encontré un trabajo de verificadora de datos en una revista científica. Hechos curiosos, los llamaban. *Si las fibras conectivas del cerebro humano se extendieran sobre un plano, podrían dar la vuelta al mundo cuarenta veces.* Horrible, anoté en un comentario al margen, pero la revista lo publicó de todos modos.

Me gustaba mi apartamento porque todas las ventanas quedaban a ras de calle. En verano veía los zapatos de la gente y, en invierno, nieve. Un día, cuando estaba en la cama, apareció en la ventana un radiante sol rojo. Fue rebotando de un lado a otro; después se convirtió en una pelota.

La vida es igual a estructura más actividad.

Algunos estudios indican que la lectura exige grandes esfuerzos del sistema neurológico. Según una publicación psiquiátrica, las tribus africanas necesita-

ban más tiempo de sueño si se les había enseñado a leer. Los franceses creían a pies juntillas en estas teorías. Durante la segunda guerra mundial, las raciones de comida más abundantes se reservaban para quienes tenían que desempeñar extenuantes actividades físicas o bien para los encargados de leer y escribir.

Durante muchos años tuve un *post-it* en mi escritorio. ¡TRABAJO SÍ, AMOR NO!, decía. Me parecía la fórmula más segura de la felicidad.

En una caja que alguien había dejado en la calle me encontré un libro titulado *Prosperar, mejor que sobrevivir*. Me quedé ahí parada, hojeando el libro, sin atreverme a asumir lo que decía.

Usted cree que la angustia que sufre es un trastorno permanente, aunque para la mayoría de la población no es más que un estado transitorio.

(Pero ¿qué pasa si soy especial? ¿Qué pasa si formo parte de esa *minoría*?)

Me había formado ideas sobre mí misma, casi todas sin demostrar. Cuando era niña me gustaba escribir mi nombre en letras muy grandes hechas con ramitas.

Lo que dijo Coleridge: *Si no me engaño del todo, he conseguido no solo dilucidar por completo las nocio-*

nes de tiempo y espacio (...), sino que también confío en estar a punto de hacer algo más, a saber, que seré capaz de desarrollar los cinco sentidos y que este desarrollo me permitirá averiguar el proceso de la vida y de la conciencia.

Mi plan consistía en no casarme nunca. En vez de casarme me iba a convertir en un gigante del arte. Las mujeres casi nunca acaban convertidas en uno porque los gigantes del arte solo se preocupan del arte y nunca prestan atención a las cosas prosaicas. Nabokov no era capaz ni de cerrar el paraguas. Vera tenía que pegarle los sellos.

Un plan arriesgado, eso fue lo que dijo mi amigo el filósofo. Pero el día que cumplí los veintinueve años entregué mi libro. *Si no me engaño del todo...*

Fui a una fiesta y bebí tanto que me puse mala.

¿Están solos los animales?

Los demás animales, quiero decir.

Al cabo de poco tiempo, llamó a mi puerta un antiguo novio. Parecía haber venido directamente desde San Francisco solo para tomar café conmigo. Cuando íbamos a la cafetería, se disculpó por no haberme amado nunca de verdad. Pero ahora quería arreglarlo. «Alto ahí —dije—. ¿Estás con los pasos?»

Aquella noche, en la tele, vi el tatuaje con el que me habría gustado poder justificar mi vida. *Si no conoces aún el sufrimiento, ámame.* Un criminal ruso se me había adelantado.

Claro que me acordaba de aquel chico borracho de Nueva Orleans, aquel chico al que he amado como a nadie más en mi vida. Todas las noches, en el bar de los viejos marineros, yo me ponía a despegar las etiquetas de las botellas intentando engatusarlo para que nos fuésemos juntos a mi casa. Pero él no quería. Al menos no hasta que la luz entrase por la ventana.

Aquel chico era tan guapo que lo miraba mientras dormía. Si tuviera que resumir lo que hizo conmigo, diría lo siguiente: hizo que yo me pusiera a cantar todas las canciones malas que sonaban en la radio. Mientras me quiso y cuando dejó de hacerlo.

En las últimas semanas que pasamos juntos, conducíamos sin decir nada, intentando dejar atrás el calor, cada uno de nosotros a solas en el sueño en que se había convertido la ciudad. Yo tenía miedo de hablar o incluso de rozarle el brazo. *Acuérdate de este letrero, de este árbol, de esta calle destartada. Acuérdate de que es posible haber sentido una cosa así.* Faltaban veinte días, luego quince, luego diez, y luego llegó el día en que tuve que meter los trastos en el coche y largarme de allí. Atravesé dos estados en-

teros sollozando, mientras el calor me apretaba el pecho como si fuera un puño. Pero no, no me acordé de nada.

3

Hay un hombre que viaja por todo el mundo intentando encontrar lugares en los que uno pueda quedarse quieto y no escuchar sonido humano alguno. En su opinión es imposible sentirse tranquilo en las ciudades, ya que casi nunca podemos oír el canto de los pájaros. Nuestros oídos han ido evolucionando para ser nuestro sistema de alarma. Y en los lugares donde no cantan los pájaros nos ponemos en estado de máxima alerta. Vivir en una ciudad significa vivir acobardados para siempre.

Los budistas dicen que hay ciento veintiún estados de conciencia. Y entre estos, solo tres están relacionados con la desgracia y la tristeza. Pero la mayoría de nosotros nos pasamos la vida yendo y viniendo de uno a otro de esos tres estados.

Los arrendajos azules pasan los viernes con el diablo, me dijo la vieja en el parque.

«Hay que irse de esta ciudad insoportable —me dijo mi hermana—. Necesitas aire fresco.» Hace cuatro años, ella y su marido lo hicieron. Se mudaron a Pensilvania y se instalaron en una casa desvencijada en las riberas del río Delaware. La primavera pasada vino a verme con sus hijos. Fuimos al parque; fuimos al zoo; fuimos al planetario. Pero, aun así, seguían odiando la ciudad. *¿Por qué aquí todo el mundo grita?*

El piso del filósofo era el lugar más tranquilo que he conocido. Tenía buena luz y vistas al río. Nos pasábamos los domingos comiendo tortitas y huevos. Él tenía un trabajo de profesor adjunto y también hacía un programa de radio en horario nocturno. «Tendrías que conocer a un tipo que trabaja conmigo. Hace paisajes sonoros de la ciudad.» Miré a las palomas al otro lado de la ventana. «¿Qué diantres significa eso?», dije.

Me dio un CD y me lo llevé a casa. En la portada se veía un viejo listín de teléfonos amarillo, destruido por la lluvia. Cerré los ojos y me puse a escuchar. *¿Quién será este tipo?*, me pregunté.

4

Te compré la cosa que más me gustaba de Chinatown y te la puse, borracha, en la mano. Estábamos en mi cocina, aquella primera noche. HERMOSA MAS-CARILLA DE GASA, decía el envoltorio.

A la mañana siguiente fui al piso del filósofo. «¡Ay!, ¿qué has hecho?», dije. Me preparó el desayuno y me contó cómo le iba con la chica con la que había empezado a salir. «¿Dónde te ves dentro de cinco años?», le había preguntado la chica. «¿Y dentro de diez? ¿Y de quince?» Cuando él dejó a la chica en su casa, ya habían llegado a los treinta años. Le contesté que aquello sonaba como si un pato y una osa salieran juntos. El filósofo se puso a recapacitar. «Más bien como un pato y un martini», dijo.

Tú me llamaste por teléfono. Yo te llamé por teléfono. *Ven a verme, ven a verme*, dijimos los dos.

Descubrí que no le tenías miedo al tiempo que hacía. Te daba igual que hubiera lluvia o nieve o placas de hielo, porque querías recorrer la ciudad entera grabando tus cosas. Tuve que comprarme un abrigo mucho más grueso que tenía un montón de bolsillos en los sitios más raros. Tú metías las manos en todos ellos.

A medianoche te escuchaba en la radio. Una vez pusiste la grabación de un choque de átomos. En otra ocasión, la del viento entre las hojas. Grabaciones de campo, las llamabas. Hacía mucho frío en mi apartamento y tenía que escuchar tu programa en la cama, tapada hasta la barbilla con las mantas. Llevaba gorro y guantes y unos gruesos calcetines de lana para hombre. Una noche pusiste un tema que habías grabado para mí. La furgoneta de los helados con el sonido superpuesto de las gaviotas de Coney Island y la noria Wonder Wheel.

Es una tontería tener un telescopio en la gran ciudad, pero aun así nosotros nos compramos uno.

Aquel año no viajé sola. Nos encontraremos allí, dijiste. Pero ya era muy tarde cuando nos vimos en la estación de tren. Llevabas un corte de pelo de diez dólares. Yo estaba más gorda que antes de partir. Nos pareció posible que haber cruzado el mundo fuera un error. Procuramos reservarnos nuestras opiniones.

No sabíamos adónde íbamos cuando cogimos el barco que llevaba a Capri. Era a comienzos de abril. Una fría llovizna empañaba el mar. En el muelle cogimos un funicular y descubrimos que éramos los únicos turistas. Llegan demasiado pronto, dijo el cobrador, tiritando de frío. Las calles olían a lavanda y tardamos en darnos cuenta de que no había coches. Nos alojamos en un hotel barato que tenía la vista más hermosa que yo había visto nunca. El agua era extraordinariamente azul. Un promontorio rocoso se adentraba en el mar. Me entraron ganas de llorar porque estaba segura de que nunca iba a volver a estar en un sitio así. Vamos a explorar, dijiste, que era lo que siempre decías cuando yo me ponía a pensar en esas cosas. Fuimos caminando por el borde del promontorio de rocas oscuras hasta que llegamos a una parada de autobús. Nos detuvimos allí, cogidos de la mano, sin decir nada. Yo me preguntaba cómo sería vivir en un lugar tan bello como aquel. ¿Serviría para curar mi cerebro? Llegó el autobús. Había tres empleados al cargo: uno que vendía los billetes, otro que los revisaba y otro que conducía. Aquello nos hizo sentir felices. Fuimos hasta el otro extremo de la isla, donde la gente nos miraba con más curiosidad. En una tienda vimos unos chicles de la marca BROOKLYN y tú los compraste para mí.